

ANTONIO GARCIA SANTESMASES

# España y la OTAN, un debate sin pena ni gloria

*El debate sobre la plena incorporación de España en la Alianza Atlántica apenas a suscitado polémica social. Muy al contrario de lo que sucedió a principios de los años 80, cuando el debate sobre la permanencia española en la OTAN estaba muy vinculado a la consolidación democrática y al temor de una guerra nuclear. El fin de la Guerra Fría ha aminorado estos temores, al tiempo que Europa parece remisa a tomar la responsabilidad de su propia defensa. Estos factores, junto a la presión de necesidades y problemas más inmediatos, explican el actual desinterés que suscita el tema.*

Antonio García Santesmases es diputado en las Cortes por el PSOE y profesor de Filosofía en la UNED.

Son escasos los manifiestos y polémicas que está suscitando la plena incorporación de España en la OTAN. Si se compara la apatía mediática y ciudadana con lo ocurrido hace años cuando se produjo el debate sobre la permanencia de España en la Alianza sorprende lo ocurrido. O quizás no tanto. Al análisis de aquella pasión de los 80 y de este desinterés de los 90 va dirigido este artículo.

A principios de los 80, el debate sobre la permanencia de España en la OTAN estaba muy vinculado a la consolidación de la democracia en nuestro país. Algunos intervinimos muy activamente en aquel debate y recordamos la angustia de muchos de nuestros interlocutores. Por un lado, se quería una política de neutralidad activa, fuera de los bloques militares, como contribución a la causa de la paz y del desarme, pero inmediatamente se contraponía a tan bellos, designios la dificultad de un modelo de política de defensa no golpista y no atlántica. ¿Lo admitirían los militares?, ¿no era mejor aceptar la OTAN para modernizar las Fuerzas Armadas? ¿aceptar la Alianza no era, sin embargo, contribuir a la militarización de las relaciones internacionales, a la carrera de armamentos, a la dinámica de los bloques militares? Una y otra vez aparecían los mismos interrogantes que solían ir unidos a oscuras premoniciones acerca del papel de Estados Unidos, sobre Marruecos o a la imposibilidad de ingresar en la Comunidad Económica Europea si no se pertenecía a la OTAN.

*La ampliación de la Alianza, su reforzamiento, es una muestra más de la renuncia de Europa (algunos dirán de la renuncia necesaria) a ejercer un papel en la política internacional.*

Ese mundo ha desaparecido. Hoy las Fuerzas Armadas no son noticia. Hoy los antiguos socios del Pacto de Varsovia quieren ingresar en la Alianza Atlántica. Hoy nadie habla de carrera de armamentos y los conflictos posteriores a la Guerra Fría no son entre dos superpotencias. Hoy, a pesar de todo, al igual que en los años 80, se ha operado en el debate político con la lógica del mal menor. Quizás porque en política, en muchas ocasiones, sólo cabe elegir entre dos males. En los años 80 los pacifistas defendían la neutralidad activa y se les contestaba que bien tan alto no estaba al alcance de nuestras manos, que sólo cabía elegir entre dos males: o se aceptaba un país aislado con un Ejército con tradición golpista o se asumía la contribución a la OTAN como la garantía de la integración y democratización de las Fuerzas Armadas. La tercera posibilidad quedaba descartada como ilusoria, como una quimera imposible de realizar.

En el debate actual también se elige entre dos males. Si ha caído el Pacto de Varsovia, si ha desaparecido la amenaza comunista, ¿tiene sentido la permanencia de la OTAN? Esa es la pregunta sustantiva.

Lo que importa es cómo ponerse de acuerdo y disipar los recelos que una historia aún reciente no hace sino avivar. Para un español puede ser relevante el apoyo norteamericano a la dictadura de Franco, para un francés lo es más el recuerdo del papel de Alemania en las guerras mundiales del siglo XX. Hagamos de Europa un mercado y dejemos los asuntos de defensa en manos de los americanos. Aceptemos la permanencia de la OTAN, ampliémosla a otros socios y vayamos construyendo, muy lenta y trabajosamente, una identidad europea de defensa que no ose poner en cuestión la supremacía norteamericana.

### **Dos modelos contradictorios**

El razonamiento que he esquematizado aparece continuamente en el debate. Para algunos, una Europa que, al modo británico, sea un gran mercado que nunca rompa el vínculo transatlántico, es el modelo ideal. Para otros sería preferible que Europa fuera un actor de la política internacional, que tuviera una personalidad propia. Pero eso, hoy por hoy, aparece como una finalidad muy difícil de alcanzar. La más interesante de todas las intervenciones en el Congreso de los diputados, en este segundo sentido, fue la del portavoz del Partido Nacionalista Vasco Iñaki Anasagasti. El mejor defensor del vínculo transatlántico fue el diputado del Partido Popular Javier Rupérez.

Si la OTAN sigue y Estados Unidos tiene la última palabra ¿qué se puede esperar? La ampliación de la Alianza, su reforzamiento, es una muestra más de la renuncia de Europa (algunos dirán de la renuncia necesaria) a ejercer un papel en la política internacional. Estar subordinados a los intereses norteamericanos tiene sus peligros. Entre las nuevas misiones de la OTAN nadie puede olvidar la importancia concedida al Mediterráneo, ni entre los nuevos enemigos, al peligro que Occidente detecta en el fundamentalismo islámico. Europa quiere desentenderse de los problemas de defensa, no quiere ejercer de sujeto, prefiere conformarse a un papel subordinado, pero, cuando los conflictos se agudizan, no cabe el desentendimiento. La guerra del Golfo muestra las dos grandes ausencias en los años 90: ni la izquierda ni Europa tuvieron una palabra efectiva que decir, una acción coordinada que desarrollar, un plan que proponer.

Los años 90 reflejan un gran problema para los movimientos por la paz. No existe el miedo a una guerra nuclear que ha movilizadado antes a muchos miles de europeos. El bloque del Este ha caído. Hay un vencedor en la Guerra Fría que tiene sus propios designios y, en ocasiones, hace que intervengamos cuando deseamos una salida dialogada y, en otras, demora su intervención cuando demandamos que alguien pare la matanza.

El público asiste atónito a un despliegue tan alto de actividad para sancionar el siglo americano y a una pasividad tan angustiosa para sancionar la impotencia europea. ¿Por qué no hay una mayor preocupación, una movilización mas intensa?

La apatía de hoy tiene que ver con una doble consideración. Las perspectivas de ayer fallaron, no hubo choque entre las dos superpotencias y los ejércitos se fueron profesionalizando. El ciudadano medio delega en los expertos económicos los grandes asuntos que le afectan y comienza a delegar en los expertos militares las cuestiones de seguridad. Todos queremos la paz, pero "cualquiera sabe cómo se consigue" parece ser la nueva canción. Y es verdad que es difícil saberlo, que los asuntos no son sencillos, que no caben respuestas simples, que es imprescindible una buena explicación del nuevo orden internacional. Todo eso nos falta, y entre la imposibilidad de entender y los acuciantes problemas económicos que hay que resolver, el debate ha pasado casi desapercibido.

Es conocida la anécdota que vivió Clinton y que le hizo ganar las elecciones de 1992. Bush había sancionado el siglo como un siglo americano. Bush había logrado que las tropas desfilaran por la Quinta Avenida y que todos se aprendieran los nombres de Collin Powel y de aquel general que quería llegar hasta Bagdad y se llamaba Schwartzkopf, pero, meses después, un conflicto social estalló y los asesores de Clinton le decían que se dejara de grandes macroestrategias y hablara de economía, la "economía, estúpido, la economía" debía ser la prioridad. El debate de la OTAN ha pasado sin pasión mientras los mineros cortaban las carreteras en León, los sindicatos convocaban a los funcionarios a huelgas y manifestaciones y hasta los estudiantes salían en defensa de la escuela pública.

Nadie duda de la importancia de los problemas económico-políticos pero ese desinterés por la política exterior, esa incapacidad para ir más allá de los tópicos o de la propaganda, no aventura nada bueno. Necesitamos buenos análisis del nuevo orden internacional para opinar, más allá de comentarios, sin sucumbir a la complacencia. Es posible que en política, y más en política exterior, sólo quepa elegir entre dos males. Este designio que puede ser de obligado cumplimiento para los gobiernos no puede provocar que la opinión pública y los movimientos sociales renuncien a la palabra o hagan de la aceptación del mal menor su divisa. Su palabra es decisiva para no hacer de la necesidad fáctica virtud ética.

Siempre he recordado la desolación con la que los pacifistas alemanes vieron cómo los antiguos disidentes del Este se abrazaban con los neoliberales más estridentes y acusaban de complacientes con el totalitarismo soviético a los que habían iniciado el diálogo y la colaboración con ellos en los años duros. Haber sido defensor del desarme en el Oeste pasó a ser un cargo en contra de los pacifistas: eran ellos los que con la distensión habían contribuido al mantenimiento del *statu quo* y a la legitimación de las dictaduras del Este. Todo el mundo parecía haberse olvidado de su apoyo a Carta 77 o a Solidaridad.

Algo de ésto puede ocurrirnos a nosotros también. Parece que el que no acepta la nueva OTAN no quiere asumir responsabilidades y prefiere dejar que los Milosevic campen a sus anchas y los refugiados del Zaire perezcan. Este planteamiento tan burdo se ha repetido machaconamente en los últimos días y es tan esquemático como el de aquellos que no son capaces de dar una explicación de la diferencia entre los años 80 y 90 y dicen que nada ha cambiado. Muchas cosas han cambiado pero no se puede hablar de Bosnia sin hablar del Golfo; ni se puede pedir la intervención en el Zaire sin recordar la posición actual de Estados Unidos en relación a Naciones Unidas.

¿Seremos capaces de crear una opinión pública preocupada por los asuntos internacionales sin estridencia ni demagogia, sin dramatismo ni simplificación?

*Parece que el  
que no acepta  
la nueva  
OTAN no  
quiere asumir  
responsabili-  
dades y  
prefiere dejar  
que los  
Milosevic  
campen a sus  
anchas y los  
refugiados del  
Zaire  
perezcan.*